

## TERTULIAS ROMÁNTICAS Y MODERNISTAS EN EL MADRID CASTIZO

Compartimos la idea comúnmente aceptada sobre la analogía, o analogías, entre época romántica y modernista, proponiendo una lectura del costumbrismo emparejado con ambas. Las tertulias jugarían sólo el papel de ejemplificación de la tesis que aquí se pretende insinuar. Madrid, en cambio, no ocupa en el presente ensayo un papel accidental o marginal, sino que representa el escenario natural y el lugar privilegiado para discurrir acerca del costumbrismo. Añado la consideración que si bien el costumbrismo crece y se desarrolla en paralelo, y a consecuencia, del romanticismo no se extingue con él. Se viste de otras formas que, conservando lo esencial, se adaptan a los tiempos, explicándonos siempre la historia y contándonos con garbo popular las comidillas del patio de butacas, del entresuelo y del gallinero - sobre todo del gallinero - del gran teatro costumbrista que fue Madrid.

Concordamos también con numerosos historiadores de la literatura en el indicar límites más o menos exactos para la historia del cuadro de costumbres (1827-1849), con autores tan consolidados como Larra, Mesonero y Estébanez Calderón. Este apogeo coincide con el romanticismo y prosigue con la novela costumbrista, que anticipa, primero, y coincide, después, con la realista. Serían los casos, entre otros, de Alarcón, Fernán Caballero, algunas obras de Pereda etc. *El sombrero de tres picos* o *La gaviota* son, en algún modo, puentes entre el cuadro de costumbre de la época romántica y la literatura realista<sup>1</sup>.

En este sentido podemos decir que el romanticismo desaparece, al menos como moda cultural, mientras que el costumbrismo, saltando del cuadro a la novela, se transforma y se prolonga en el tiempo, delineando mejor sus formas y ampliando intereses y pretensiones.

Novela costumbrista, pues, como continuación del cuadro de costumbres, como preparación de la novela realista, en cuanto descripción y espejo de la sociedad, pero además como preámbulo a la meditación sobre la personalidad de España en su evolución temporal y en el trazo de sus características más esenciales en cuanto permanentes y definitivas. En este último sentido el costumbrismo supera la historia tradicional, anticipa la social y preanuncia conceptos modernistas como el de intrahistoria o el de regeneracionismo.

<sup>1</sup> Enrique Rubio Cremades ha insistido, a nuestro juicio con acierto, sobre el carácter de transición político y literaria del periodo costumbrista. Ver: *Costumbrismo. Definición, cronología y su relación con la novela*, "Siglo Diecinueve" (Valladolid), n.1, 1995, págs. 7 y ss.

El costumbrismo acompaña al romanticismo desde los alrededores de 1830 hasta más o menos la mitad del siglo pasado. Después se perpetua con la gran novela del segundo '800. Y si el realismo hace su aparición como contraposición a la moda romántica no es fácil concluir que el costumbrismo se identifique con aquél; más bien lo completa - cuando no ironiza sobre él - durante su periodo álgido, para después establecer un puente entre el mismo romanticismo y el realismo, dejando huellas que, una vez asimiladas por años de literatura, servirán como componentes de los movimientos posteriores y, concretamente, del modernismo. Costumbrismo, pues, entendido como complemento específico de una época (la romántica) y en un modo más lato como expresión permanente de la literatura española en momentos de crisis, si bien con moldes mejor reconocibles después que el género nació y se desarrolló en compañía del romanticismo y del realismo.

Pues bien, los elementos permanentes servirán para explicar, una vez iniciada la crisis del '98 y la más amplia de la modernidad, el alma de España, la propia personalidad del ser español. El cuadro de costumbre ayudará diacrónicamente a definir los usos, las maneras y las actitudes de la sociedad de una época; la novela costumbrista, en cambio, echará las bases para meditar, a través de las tradiciones y actitudes permanentes de los españoles, sobre las preguntas clásicas de toda crisis: pasado, presente y futuro del ser y del actuar de un pueblo<sup>2</sup>.

En 1898 como en 1830 pregunta por la identidad de España, por descubrir a través de los usos y las actitudes vitales de los españoles qué características han definido su modo de ser, y a través de aquéllas proyectar un futuro salvador.

Algún peso habrá ejercido ese último costumbrismo en la meditación de la España eterna, en la reflexión sobre Europa, en el desarrollo del espíritu crítico modernista, en nuestros Costa, Ganivet y Unamuno y, dejando a la imaginación aprovecharse de la historia, por qué no verificar su influencia en el concepto de hispanidad de Maeztu y en sus formulaciones posteriores.

<sup>2</sup> J. I. Ferreras escribe, explicitando en parte el segundo sentido aquí señalado, "llamo costumbrismo a la materialización de relaciones sin historias, a la materialización de relaciones en su inmovilidad". Ver: *Los orígenes de la novela en España (1800-1830)*, Madrid, Taurus, 1973, pág. 133.

Isabel Román Gutiérrez en la misma línea sostiene que "la inmovilidad costumbrista se manifiesta incluso en las primeras obras realistas, que no consiguen desligarse totalmente del influjo del costumbrismo - así las novelas regionalistas de Pereda, por ejemplo-. En cuanto a las novelas consideradas plenamente realistas pueden observarse también distintas actitudes en el enfrentamiento con una sociedad en ebullición: frente a los escritores progresistas, como Galdós, que propugnan un cambio en la evolución, están los conservadores que retratan y defienden el inmovilismo - Pereda, Alarcón - (ver: *Historia interna de la novela española del siglo XIX*, vol. 1, Sevilla, Alfar, 1988, pág. 194.

Costumbrismo y modernismo tuvieron a Madrid por su ciudad privilegiada para vivir y escribir, trabajar y criticar. Hay que tener presente que entre 1834 y 1837 Javier del Burgos y el nuevo régimen liberal ponían en marcha la articulación administrativo-territorial del Estado español. Madrid aumentaba su población notablemente. De los 176.374 habitantes de 1804, según el censo de Godoy, se pasaba a 236.000 en 1852. Seguramente esta última cifra no reflejaba la realidad, ya que la capital se estaba convirtiendo en el centro de la inmigración del país. Vagos, desocupados, mendigos y una variopinta cohorte de esperanzados artistas y artistillas - entre ellos literatos con fortuna y sin ella - llegaron a Madrid desde todos los puntos de España y de sus ex-colonias atraídos por la presuntamente chispeante y colorida vida de la capital<sup>3</sup>. Otro hecho a tener en cuenta para comprender el aumento de la población se refiere a las desamortizaciones de los bienes eclesiásticos.

La capital en 1900 - el Madrid modernista o mejor dicho, el que se está preparando para serlo - arroja la cifra de 539.835 habitantes, mientras que el resto de la provincia no sufre prácticamente alteraciones: las 190.000 almas de 1800 se convierten en 235.199 en 1900. El Madrid que estrena siglo - el XX - ofrece un cuadro apropiado para un segundo costumbrismo o, si preferimos, para un modernismo que arranca hacia el nuevo, hacia la Europa de la ciencia y de la técnica, de la cultura decadente y de la poesía simbolista, con lastres semejantes a los de 1830; por ejemplo el desastre colonial, la crisis del sistema de la Restauración, y el aumento de una emigración depauperada, procedente del interior y de las colonias.

Época romántica y modernista representan dos momentos determinantes y análogos en la historia de España. La primera señala el paso entre el siglo XVIII y XIX, entre dos edades, la moderna y la contemporánea. Ambas nacen de una humillación colonial. El '98 ha representado el prototipo de la crisis, pero no olvidemos que durante la tercera década del siglo pasado se perdió mucho más: el imperio americano desde la Tierra de Fuego hasta la California.

Crisis colonial que provocó desorientación política y económica solicitando una respuesta de España como nación. Dos calamidades paralelas inducen a preguntas y actitudes semejantes.

<sup>3</sup> Como escriben A. Bahamonde y L.E. Otero en el cap. *Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana* (en AA.VV, *España*, vol. V (*Autonomías*, dirigido por J.P Fusi, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, pág. 550), "los censos y empadronamientos no recogen con Habilidad lo que podríamos llamar población clandestina (...) Su número fluctúa entre las 20.000 y 30.000 personas, (...) Uno de los bandos más pertinentemente repetido por el Ayuntamiento de Madrid, al menos entre 1830 y 1880, es el que se refiere a la expulsión de mendigos y vagabundos no avecindados en la capital; el propio hecho de su repetición es demostrativo de lo insoluble del problema".

Por otra parte la España peninsular asiste a novedades trascendentales en campo ideológico-político y cultural. A la muerte de Fernando VII el nuevo Régimen se implanta definitivamente en España inaugurando un largo periodo de monarquía constitucional.

Liberalismo y romanticismo despertaron al adormecido tradicionalismo. Fenómenos fuertes estimularon el interés por la defensa de la cultura imperial y por la literatura de la decadencia. Quizás por primera vez, y de modo colectivo, en España se pone en duda la política del pasado imperial, injertándose en torno a ella la polémica romántica.

En cierto modo las ideas románticas representaron el detonador de la crisis, mientras la literatura costumbrista, también en cierto modo, significó el reflejo y la crítica de aquella sociedad decadente. Corrección de costumbres y de usos con la finalidad de regenerar la moral pública y privada y como afirmación de la identidad nacional, desacreditada por la cultura y la política extranjera, especialmente francesa.

Este, digámoslo así, regeneracionismo por ironía o por sarcasmo, de derecha o de izquierda, de Mesonero o de Larra, intenta no solamente exponer los lados negativos de la sociedad, sino también corregirlos. En el fondo, tal modo de afrontar la crisis seguía fielmente la trayectoria del carácter español, y muy en especial el andaluz, y, en base a la inmigración interna, también el madrileño. Nos referimos a la actitud de demonizar el mal tomándole el pelo, ironizándolo, criticándole. Así respondió nuestra literatura picaresca a la crisis del Barroco; con este espíritu el folklore andaluz, el flamenco, ha traducido siempre la filosofía del pueblo. Y en fin, con talante muy semejante, costumbrismo y modernismo han intentado alejar, con pandereta y fandango literarios, la obsesionante realidad de la cotidianidad de la primera y de la segunda crisis de nuestra contemporaneidad<sup>4</sup>.

La nueva perspectiva de Mesonero al describir la capital resalta con nitidez en el cuadro *Las costumbres de Madrid*:

<sup>4</sup> El autor costumbrista es consciente al tratar de viejos argumentos que el punto de vista ha cambiado porque su particular modo de escribir no se detiene en la descripción, pues tiende a fotografiar la realidad en su conjunto. Mesonero Romanos, ya en 1831, en la introducción a su *Manual de Madrid*, que además lleva como subtítulo *Descripción de la Corte y de la Villa*, ha escrito: "Muchos eran en verdad los autores que en los tiempos pasados trataron de las cosas de Madrid; pero todos ellos parece que tuvieron más bien por objeto lucir su erudición, amontonando volúmenes, que no el escribir obras de uso común y de general utilidad. Además, limitados unos a la parte histórica, otros a la descripción topográfica, y otros a la de los monumentos artísticos, no podía ninguno servir para dar una idea general de los distintos objetos que encierra Madrid, como pueblo grande y como capital de la monarquía".

Citamos por la segunda edición: Madrid, Imprenta de D.M. de Burgos, 1833, pág. III.

Grave y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive.

Y más abajo, conciente de ser testimonio de una nueva época, escribe:

El trascurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior han dado a las costumbres de los pueblos nuevas direcciones, derivadas de las grandes pasiones e intereses que pusieron en lucha las circunstancias<sup>5</sup>.

Larra, bien distante de Mesonero por tantos aspectos, vuelve en más de una ocasión a exponer una filosofía de la historia de España con la misma valencia de crisis nacional que tenía en Mesonero.

Para Fíguro España halló en los años que siguieron a la muerte de Fernando VII un momento mágico de libertad, trampolín ideal para romper las cadenas culturales francesas y, también, con las del propio pasado imperial, y echar las bases de una ideología y de una literatura a la altura de los tiempos; es decir, capaz de crear una nueva identidad española antes de mediar la mitad del siglo decimonónico<sup>6</sup>.

Corrección de las costumbres españolas y ataques al afrancesamiento acrítico. En estos dos puntos coinciden Mesonero y Larra. Ambos individuaron en los años '30 los del cambio adecuado para reconstruir, gracias a la pérdida colonial y al ambiente de mayor libertad, el hecho diferencial español. No cabe duda de que el progresista Larra y el moderado Mesonero concedieron a la pérdida de las colonias y a la carta de ciudadanía de las libertades del Nuevo Régimen importancia determinante para la reedificación nacional en todos los campos del ser y del haber:

Esperamos que dentro de poco - escribía Larra - podamos echar los cimientos de una literatura nueva, expresión de la sociedad nueva que componemos, toda de verdad, como de verdad es nuestra sociedad, sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza, joven, en fin, como la España que constituimos<sup>7</sup>.

Con igual fuerza y convicción Mesonero subraya la importancia del periodo (los años '30) del siglo pasado:

<sup>5</sup> Cfr. *Escenas costumbristas*, ob.cit., pág. 51.

<sup>6</sup> A pesar de que algunos críticos hayan señalado la diferencia de Larra respecto a los demás costumbristas, coinciden, sin embargo, en la inclusión de Figuro en la corriente general. Miguel S. Oliver apunta:

¿Costumbrista? Fuelo, ciertamente, y de los más agudos y perspicaces. Más esta modalidad literaria era un producto general de aquella época de transición. Se asistía entonces a una crisis del mundo. En

AA.VV., *Mariano José de Larra*, ed. de Rubén Benítez, Madrid, Taurus, 1979, págs. 57-58.

<sup>7</sup> *Ibidem...*, pág. 433.

El transcurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior han dado a las costumbres de los pueblos nuevas direcciones, derivadas de las grandes pasiones e intereses que pusieran en lucha las circunstancias (...) Esta metamorfosis se hace sentir - prosigue Mesonero - tanto más en la corte por la facilidad de las comunicaciones y el trato con los extranjeros<sup>8</sup>.

El costumbrismo de Larra evidencia la crisis de los años '30 del siglo pasado pero además procede con un tipo de crítica social que se emparentará con el regeneracionismo de la época modernista. Resume la idea Albert Derozier cuando sostiene que "Larra ha comprendido que por medio de la prensa puede llegar a sus contemporáneos, modificar la sociedad, sentar las bases de un credo político y sacudir la apatía general"<sup>9</sup>.

Desde el observatorio vital más relajado de Mesonero y desde una posición política más burguesa y conservadora se llega igualmente a formulaciones nítidas de regeneracionismo. Confirma cuanto decimos A. del Saz al escribir: "No entonaba Mesonero un ditirambo de la ciudad querida sino que, como los posteriores noventaiochistas, olvidando pintoresquismos, señalaba con realismo pesimista sus defectos y lacras"<sup>10</sup>.

Es verdad que los fustigadores de la sociedad española de la época modernista - los Costa, Macías Picavea, Lucas Mallada - tradujeron sus críticas en propuestas, sin embargo unos y otros coincidieron en ser conciencia crítica del país. También el escritor costumbrista se considera, como dice R. Nava-Ruiz "censor de su sociedad"<sup>11</sup>.

Se podrá alegar que el intelectual y el literato modernista prefieren retirarse en su torre de marfil, en su omnipotente yo y excluirse, por vocación elitista, de la masa. Es verdad, y precisamente este mayor subjetivismo señala los jalones de la contemporaneidad, pero a pesar de ello no faltan actitudes del literato costumbrista que preanuncian las del futuro modernista. Y Llorens, resumiendo posiciones de "El Semanario pintoresco", se ha detenido "ante el espectáculo singular de una juventud ardiente que colocada en medio de una terrible revolución e impulsada por la ambición política tiene, sin embargo, el suficiente desinterés para alejarse voluntariamente de la arena política, y consagrar sus estudios y su vigor juvenil a la grande obra de regeneración de las letras y de las artes"<sup>12</sup>.

<sup>8</sup> *Escenas costumbristas*, ob.cit., págs. 51-52.

<sup>9</sup> Cfr.: *Escritores políticos españoles (1789-1854)*, (Antología de textos), Madrid, Turner, 1975, pág. 71.

<sup>10</sup> *Prólogo a Escenas costumbristas* de Mesonero Romanos, Barcelona, Editorial Juventud, 1978, pág. 12.

<sup>11</sup> Ver: *El Romanticismo español*, Salamanca, Anaya, 1973, pág. 101.

<sup>12</sup> Cfr.: *El romanticismo español*, obc. cit., pág. 240.

Semejanzas y diferencias entre literatos costumbristas y modernistas: las últimas, debidas a la irrepetibilidad de la historia, las primeras, en cambio, a un contexto histórico análogo; es decir, el Madrid castizo de una minoría selecta ante una nación que, habiendo olvidado el modelo imperial de los Siglos de Oro, trata de crearse una personalidad colectiva ante circunstancias político-sociales parecidas.

El Madrid romántico era más chiquitito y la burguesía todavía poco numerosa. Las minorías del país creían en las grandes ideas: el liberalismo, el idealismo, el romanticismo. Además España era una, con ambiente y preocupaciones parecidas de norte a sur; o, por lo menos, así se creía o se quería querer. En cambio el Madrid modernista había crecido. No todo se conocía, ni la burguesía siquiera era una y la misma. Aquella, aparentemente revolucionaria, de la época romántica, se había enriquecido y no pretendía siquiera pasar por progresista. Pero frente a ella habían aparecido otras burguesías, fruto de una sociedad más compleja, más contemporánea, que iniciaba a manifestarse caprichosa y contradictoria, con fuerte sentido de la competencia y la rivalidad. Además en España habían hecho su aparición el vasquismo y el catalanismo. España no era la misma de antes. Los albores del actual y conflictivo sistema de las autonomías movían sus primeros pasos. Barcelona presumía -y con razón- de un modernismo tan importante como el madrileño y, probablemente, más europeo. Pero sobre todo habían desaparecido - o por lo menos no estaban ya de moda - los grandes sistemas de ideas, válidos para las colectividades del XIX: el idealismo, el positivismo etc. Entonces, en 1900, las filosofías se multiplicaban coincidiendo casi todas en la afirmación radical del individualismo que se traducía en un modo de vida social menos acentrado, más dispersivo.

En el Madrid romántico y castizo de la década de los '30 destacaba una tertulia: la del Parnasillo ubicada en el café del Príncipe<sup>13</sup>. Logró reunir a los escritores y artistas más conocidos de Madrid, incluidos los más famosos costumbristas. Se tomaba agua de cebada, ponche o zarzaparrilla, para calentarse de invierno, y sorbetes en la estación más cálida.

<sup>13</sup> Si bien el esplendor del Café del Príncipe está unido a la muerte de Fernando VII, ya antes, como en toda transición política, aparecen los síntomas y las actitudes de la nueva época. "En los años 1830 y 1831, aún reinando como monarca Fernando VII, comenzó a reunirse en el Café del Príncipe - quizás el más sombrío, solitario y destartado de Madrid - una pléyade numerosa de jóvenes poetas, literatos, artistas y aficionados. Mesonero Romanos, el setentón- nos lo presenta y nos da sus nombres: Canerero con sus animados cuentos y chascarrillos; Bretón de los Herreros, con su prodigiosa facultad para versificar aunque fuese una noche entera; Espronceda, con su entonada y un tanto pedantesca actitud, lanzando epigramas contra todo lo pasado como lo presente y lo futuro; Larra con su innata mordacidad; Ventura de la Vega, Serafin Estébanez Calderón; Escosura, Gil y Zárate" (Cfr.: Juan Mercader Riva, *Historia de la cultura española: el siglo XIX*, Barcelona, Seix Barral, 1957, pág. 137)

Pocos años más tarde, en cambio, Baudelaire incitaría a emborracharse, y Nietzsche elegiría al dios Baco como inspirador de escritores, consiguiendo así que nuestros modernistas, con Darío a la cabeza, probasen los efectos del whisky. Quizás que, a causa de tal austeridad con el alcohol, nuestros románticos y costumbristas se comportasen, por lo general, de manera tan moderada y con fermentos literarios menos gaseosos que los de la primera década del s.XX. Como alguien dijo no se podía beber zarzaparrilla impunemente.

Como nos informa Antonio Espina al respecto "en algunas casas de postín había tertulias diarias. En los de la marquesa de Santa Cruz y en los del conde de Puñón Rastro, ni se jugaba, ni se hacía música, ni existía otro pasatiempo que la conversación: los hombres de política, de los espectáculos o de la Guerra del Norte; las señoras de moda o de las ceremonias de palacio, bien que no faltase "sottovoce" la eterna murmuración, el sabroso cotilleo"<sup>14</sup>. Sin embargo la verdadera y única tertulia literaria seguía siendo El Parnasillo. Su fama había hecho de ella el lugar único para la tertulia literaria, aunque, en realidad dentro del Café del Príncipe conviviesen varias tertulias. Amigos y oponentes políticos y literarios con una sola referencia ubicativa<sup>15</sup>.

La modernidad multiplicó, como efecto de los numerosos intereses, las tertulias: en los cafés, en las casas, en las retroboticas, en las peñas, casinos, sociedades, locales nocturnos - de postín y menos-, restaurantes, cabaret. Los argumentos iban de la ciencia a la técnica, a la nueva poesía, a la vieja novela, a los adelantos en física, química, biología y psicología; y, además, la política nacional y casera, comidilla sobre el barrio, la manzana, lo humano y lo eterno, pero con la costante discontinua de la novedad y de la repetitividad. Subjetivismo y temporalidad, base de una filosofía que conoce lo principal de Bergson, de Kierkegaard y de Nietzsche. La fortuna, la corrupción, la inseguridad cargaron de aprensión el ambiente, pero también lo electrizaron con ambiciones, novelorías, esperanzas y misterios. Otros tipos, viejos y nuevos, se añadieron al ambiente, salpicando el escenario y, a veces, las tertulias modernistas: el cantante lírico, el torero, el cantaor famoso, el ex-colono cubano o filipino - enriquecido o empobrecido.

Existe, nos parece, otro punto de analogía entre el costumbrismo de la época romántica y el de la modernista: la autobiografía.

<sup>14</sup> Cfr.: *Las tertulias de Madrid*, Madrid, Alianza, 1995, pág. 56.

<sup>15</sup> Por una parte "se reunían los más jóvenes, Ventura de la Vega, Escosura, Ortiz, Juan Bautista Alonso, Pezuela, es decir, los procedentes del Colegio de San Mateo y la Academia del Mirto, formaban un grupo al que se añadieron Segovia, Ochea, Larra; Salas y Quiroga, y al volver de su emigración Espronceda, con artistas como Federico de Madrazo y Calderera, esto es, los que habían de formar la redacción de "El Artista", los románticos. En mesa aparte estaban Carnerero, Grimaldi, Bretón de los Herreros, Estébanez y Mesonero, algunos, como vimos, colaboradores de las Cartas Españolas, es decir, los antirrománticos" (Y Llorens, *El romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1979, págs. 235-6.

Por una parte es verdad que los textos más voluminosos del costumbrismo español se presentan adaptando tal forma literaria, como por ejemplo *Memorias de un setentón*. Pero incluso en los breves cuadros de costumbre "la voz narradora adquiere una enorme importancia, hasta el punto que llega a configurar el género. En este sentido, también las novelas de costumbre ofrecen unas características especiales<sup>16</sup>. En otro pasaje I. Román prensa mejor la idea: 'A pesar del artificio, la literatura costumbrista se caracteriza - rasgo que me parece fundamental - por la presencia ineludible de ese 'observador-narrador' que se identifica las más de las veces con el autor y que, además, participa en el relato a través de la primera persona. Hasta tal punto resulta imprescindible la presencia del narrador personalizado que algún crítico ha considerado el costumbrismo como una derivación de la literatura autobiográfica"<sup>17</sup>

¿Qué decir de las memorias de tantos modernistas como nuevos cuadros de costumbre del Madrid de 1900? Hemos elegido, como ejemplo, *La novela de un literato*, autobiografía de Rafael Cansino Assens, tan amigo de Villaespesa y de todos los modernistas. He aquí una de sus descripciones de la Villa: "La sensación de encontrarse en una gran ciudad desconocida, hosca, fría, destartalada. El Madrid de aquel tiempo con sus caserones ruinosos, su ropa tendida en los balcones, sus comparsas de inválidos de Cuba tocando trompetas estridentes, su cielo siempre cerrado como el rostro de mi tío, su chulas burlonas y sus chulos procaces, y sus obreros de blusón y alpargata, agresivos para cuanto olía a burgués"<sup>18</sup>.

Y en fin Cansinos, comparando como nosotros las dos épocas que inician en 1830 y 1900 por lo que se refiere a las relaciones y a los modales entre literatos, ha afirmado:

Como los románticos en su tiempo, todos eran amigos del alma. Se dedicaban sus libros con palabras de entrega absoluta: 'A Fulano de Tal, fraternalmente'. Villaespesa firmaba sus cartas: '¡Suyísimo!'. J.R.J., del que por primera vez oí hablar allí (...) firmaba las suyas: - Y haga Ud. lo que quiera de su Juan Ramón -"<sup>19</sup>.

Luis DE LLERA  
*Universidad de L'Aquila*

<sup>16</sup> Isabel Román Gutiérrez, ob.cit., pág. 193.

<sup>17</sup> Ibidem..., pág. 199.

<sup>18</sup> *La novela de un literato*, primer vol. de memorias publicado en Madrid, por Alianza Tres, 1982, pág. 39.

<sup>19</sup> Ibidem..., pág. 81.